



Padre Hipólito Herlein

La Plata, 26 de mayo de 1982.

Queridos hermanos:

Después de más de cuarenta años de continua actividad, el P. Hipólito Herlein llegó a esta comunidad del noviciado de San Miguel de La Plata para un período de rehabilitación física. Un derrame cerebral en el pasado mes de setiembre lo había obligado a afrontar un tiempo prolongado de internación en el Hospital Italiano de esta ciudad. La forzada inactividad, el temor de ser de peso a la nueva comunidad y la necesidad de depender en todo de los demás para los movimientos ordinarios abrieron para él una etapa de prueba y de lenta purificación.

Para la comunidad del noviciado su presencia se convirtió desde el día de su llegada, que coincidió con la Fiesta de Cristo Rey, en una gracia del Señor, y para los jóvenes en formación, en una ocasión privilegiada de crecimiento en la vida de fraternidad y de servicio.

Con los testimonios escritos recogidos entre los novicios que lo trataron y asistieron es fácil bosquejar una semblanza de esta última etapa de su vida: ellos subrayan su enorme y continuo esfuerzo en los ejercicios de recuperación, su gran voluntad en no dejarse estar, su ganas de vivir para volver cuanto antes al trabajo apostólico, su corazón agradecido, su bondad, su serenidad ante la prueba, su capacidad de aceptar el tener necesidad de todos. Así escriben varios de ellos:

—“Me expresó en una ocasión la completa aceptación de la voluntad de Dios, significada en la enfermedad y su ofrecimiento en el dolor por las vocaciones de los novicios”.

—“En los momentos que lo atendí, nunca escuché una queja sobre su enfermedad, a no ser la de no poder seguir trabajando por los chicos”.

—“Yo siempre iba después de cenar a visitarlo y le pedía que me diera la Buenas Noches. Una vez estábamos dos, y como pensamiento nos dejó ‘saber aceptar la voluntad de Dios’. Me impresionó fuertemente el amor y el sentimiento que puso en sus palabras. Me di cuenta de que realmente sentía lo que estaba diciendo. Recuerdo que los dos nos emocionamos, lo besamos y nos fuimos”.

Es sobre todo en estos rasgos en que se presentan las coincidencias más significativas:

—“Algo que me impresionó en el P. Hipólito: la aceptación gozosa de la cruz (era su obediencia, y él la cumplía fielmente); su amor a los jóvenes y a los niños, y el cariño con que nos atendía, recibía y agradecía; su deseo ardiente de seguir trabajando”.

A pesar del estado emotivo e hipersensible de la mayoría de los enfermos que se encuentran en la situación de semiparálisis producida por un derrame cerebral, llamaba la atención su buen humor y su facilidad para bromear y para responder por las rimas a los chistes que se le hacían. Estas impresiones de muchos confirman bien el matiz de salesiana jovialidad con que los novicios advirtieron que sabía llevar su cruz.

Esta actitud interior no fue ciertamente improvisada por él en los últimos meses de su vida, sino que fue alimentada por una piedad apoyada sólidamente en lo esencial desde siempre.

Un novicio que lo atendía en el momento de la comunión refiere la fuerte impresión que le causó el rostro y la actitud del P. Hipólito durante su acción de gracias, no distraída por los ruidos del patio y de la calle ni por los movimientos de quien terminaba la tarea de arreglarle la habitación. Y al P. Inspector le dice en el mes de febrero:

“Por qué no me pedís alguna licencia especial para celebrar misa con una sola mano?”.

El modo de relacionarse con los jóvenes y el aprecio sentido por los novicios hicieron que su presencia se convirtiera en motivo de gran alegría para los momentos importantes de la vida de familia. El bajar de su cuarto para intervenir en las fiestas de la comunidad era recibido, por esto, con expresiones clamorosas de fraternidad juvenil, que él supo retribuir con gestos muy delicados: el más significativo fue ciertamente el esfuerzo

que se impuso para participar, no obstante sus reales dificultades y límites físicos, en la concelebración de la profesión religiosa el 31 de enero en la Basílica del Sagrado Corazón de La Plata.

Esta última etapa de su vida salesiana, posiblemente la más dura y difícil de todas, fue para él, sin lugar a dudas, la purificación final que lo llevó más cerca de Dios y coronó las fatigas de su intensa jornada laboral en el campo de Don Bosco.

Habría nacido en Darragueira (Provincia de Buenos Aires) el 19 de octubre de 1916, de Juan Felipe Herlein y de Elisa Schaab, que tuvieron 9 hijos.

Hipólito en 1928 fue enviado para hacer tercer grado al Colegio Salesiano de General Acha, que él consideró como su primer verdadero aspirantado, y de allí pasó al de Bernal, donde cursó todos los estudios hasta recibirse de maestro normal. Hizo allí mismo el noviciado y la primera profesión el 26 de enero de 1935, y en el Instituto Villada de Córdoba los estudios teológicos (1942-1945). Fue ordenado sacerdote en Bernal el 25 de noviembre de 1945 por Monseñor Nicolás Esandi, obispo de Viedma. Como trienista trabajó en el colegio San Antonio de Buenos Aires y en el colegio Santa Isabel de San Isidro, y como sacerdote fue maestro y catequista en Ramos Mejía (1942-1953), director del Oratorio en el colegio Don Bosco de Buenos Aires (1954), catequista de nuevo en Ramos Mejía (1955) y en el colegio San Antonio (1956), director del oratorio San Miguel de La Plata (1957-1960), prefecto en General Pirán (1961-1964), director de la comunidad de General Acha (1965-1967), y también párroco allí mismo (1965-1966), vicario cooperador en la parroquia de Don Bosco (Provincia de Buenos Aires) (1968-1969) y catequista en Campodónico (1970-1981) hasta su muerte.

Hojeando los documentos de sus años de formación nos ponemos rápidamente en contacto con un hombre que tiene viva conciencia de sus propios límites y deficiencias, y no los esconde. El 21 de noviembre de 1937 al pedir renovar los votos así escribía al P. Emilio Cantarutti: *"Aunque soy indigno de ser admitido nuevamente a formar parte de las filas de esta Congregación, confiado sin embargo en la protección del Señor y la ayuda de la Santísima Virgen, espero comportarme de tal modo que la madre Congregación no tenga que sufrir por mi causa"*.

De igual manera, en las peticiones para recibir las órdenes, repetidamente escribe al P. Vicente Garnero: *"...aunque lleno de defectos..." "que Ud. sabe y conoce..."*; y también: *"Ayúdeme Ud. con sus consejos, modere mis arrebatos, someta mi juicio, fortalezca mi voluntad..."* Y al pedir el diaconado: *"le agradezco la mirada amplia con que ha mirado mis deficiencias..."* Y cuando accede al presbiterado: *"Si llego al sacerdocio, lo debo a la Congregación que... me ha recibido, ayudado, dirigido y también tolerado en tantas ocasiones. Nada tenía y todo me lo ha dado. Si algo valgo y soy, a la Congregación se lo debo. Demostraré mi gratitud con mi vida"*.

Y no fueron solamente palabras. De sus años de actividad queda el recuerdo claro de la generosidad con que trabajó y de su real disponibilidad a la obediencia. En una carta escrita como trienista al P. José Reyneri, entonces inspector, así le dice: *"con estas líneas entiendo ponerme a su entera disposición para lo que en el Señor juzgue conveniente mandarme"*. En esta actitud persevera hasta la edad madura. Treinta años después escribe al P. Emilio Hernando: *"recibí su última carta con el nuevo destino, que acepto, lógicamente... Entendí hacer un favor a la Congregación al dejar de ser director... Estoy viejo y*

anticuado. No sé nada de las nuevas orientaciones en Movimientos Juveniles. Será cuestión de aprender. Le escribo mientras rezan el rosario los de la Legio Mariae. Termino con una síntesis: temo defraudarlo. Es mi único temor". Había pedido ir a la casa más pobre de la inspectoría y fue destinado a Don Bosco como vicario cooperador en la Parroquia. Y allí trabajó con total dedicación a los chicos más necesitados. En cartas diversas así se expresa: *"Si necesita disponer de mí, hágalo..."* *"Aún en caso que antes de las obediencias tuviera necesidad de disponer de mí, puede hacerlo con absoluta tranquilidad: no tengo problema al respecto"*. Y en setiembre último al visitarlo el P. Agustín Radrizzani en la clínica, le había dicho: *"Si en algo puedo ayudar, te pido que me mandes donde más necesites"*.

Dentro de esta disponibilidad fue muy notable su celo por la catequesis, tarea a la que se dedicó hasta el final. *"La mayor alegría de este año es estar preparando alrededor de 100 chicos de campo para la primera comunión"*, dijo después del ataque que lo inmovilizó; y el cómo dar continuidad a ese trabajo interrumpido fue su mayor preocupación en el hospital.

Pero catequizó ante todo con su bondad: a los chicos del campo, que le escribieron cartas afectuosas durante los meses de su enfermedad, y a todos los que pasaron por la casa de Campodónico para retiros y campamentos. *"Los exploradores —le escribe el P. Vaccaro en octubre de 1981— recordamos las infinitas y maternas atenciones que nos usaste en nuestros campamentos de Campodónico"*.

El Señor lo llamó a sí en las primeras horas del 15 de marzo de 1982, medio día después de haber compartido festivamente el almuerzo con los novicios, que partían para hacer ejercicios espirituales en Campodónico, la casa donde, los años precedentes, él mismo había recibido y tratado tan delicadamente a las promociones precedentes. La celebración exequial fue presidida por el P. Inspector y participada por muchos hermanos de las comunidades cercanas, familiares, amigos y fieles.

Recompense Dios a los médicos y a las hermanas Canosianas del Hospital Italiano, a las Siervas de Jesús y a todos los que le dispensaron cuidado y atenciones, y en modo especial a los hermanos de la comunidad de Campodónico que compartieron con él los últimos fecundos años de su vida apostólica y que le manifestaron fraterno y eficaz cariño con sus visitas y su ayuda en las horas duras de su enfermedad.

El recibir esta carta nos invite a todos a recordarlo nuevamente en nuestra oración y a ofrecer por él nuestros trabajos y nuestros sacrificios.

Los saludan con afecto en Don Bosco los Salesianos y los novicios de la Comunidad de San Miguel.

Datos para el Necrologio:

Sac. Hipólito Herlein:

nació en Darragueira el 19/X/1916

murió en La Plata el 15/III/82 a los 66 años de edad, 47 de profesión y 36 de sacerdocio.